

Nicaragua

LA SOMBRA DE REAGAN

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

DESDE la caída de la dictadura de Somoza, uno de los regímenes más brutales del continente latinoamericano, Nicaragua no había

vuelto a ocupar la primera de los principales diarios y semanarios. Pero tras el triunfo electoral del factor RH, el binomio Reagan-Haig, poco a poco los «nics» vuelven a ser protagonistas de los principales medios de comunicación. La invasión desde Honduras es algo más que una hipótesis, la intervención norteamericana oscila entre lo probable y lo posible y, sobre todo, y por encima de todo, la quiebra de la unidad nacional conseguida en la hora veinticinco del somocismo y en la hora primera del sandinismo una constatación. A partir de aquí el Gobierno acusa a sus opositores de «vendepatrias» y la oposición replica acusándolos de comunistas camuflados. La dialéctica de la tensión es imparable y, como afirmara el general Haig en Madrid recientemente, el último capítulo de la historia del proceso revolucionario sandinista aún no está escrito.

En compañía de un grupo de periodistas españoles, europeos, latinoamericanos y algunos norteamericanos, he recorrido Nicaragua durante una semana. La invitación ha corrido a cargo de la Unión de Periodistas Nicaragüenses, aunque no esté de más aclarar que no la financiación del viaje, y los invitados hemos podido movernos con absoluta y entera libertad. Desde funcionarios y líderes gubernamentales a dirigentes de la oposición, pasando por los mismos presos somocistas ex-criminales de la Guardia Nacional de Somoza, han sido nuestros interlocutores; y todos han podido expresar sus opiniones favorables o adversas hacia el Gobierno de Reconstrucción Nacional. Importa aclararlo porque sólo de la previa constatación del más amplio ejercicio de los derechos democráticos es posible abordar la dura y tensa realidad nicaragüense. De lo contrario, las líneas que prosiguen no tendrían apenas ningún interés. El valor de este reportaje reside en que el

pluralismo democrático y las libertades públicas, al menos hasta la fecha, son una realidad contante y sonante. Es, evidentemente, un pluralismo en peligro—los dos sectores en disputa se intercambian sospechas sobre la supuesta intencionalidad del contrario por liquidarlo—pero hoy es un hecho que Nicaragua es un país democrático y pluralista.

Managua es una ciudad que no existe. Junto con la belleza del país y la impresionante miseria es el primer dato que constata un recién llegado. Las consecuencias del terremoto de 1972, mas los efectos de la guerra de liberación nacional, han hecho de la capital de Nicaragua una ciudad fantasma. El centro de la ciudad, donde se alza la horrible mole del Hotel Intercontinental, está prácticamente destruido y aquí y allá sobresalen restos de edificios que en su día existieron. La misma catedral, que milagrosamente mantiene en pie su fachada, es una pura ruina sobre la que destaca un inmenso póster de Augusto César Sandino «general de hombres libres.»

La bofetada de pobreza que azota el rostro del observador, creciente en la medida en que se penetra en el interior del país, coexiste, sin em-

bargo, con la opulencia y el lujo de algunas zonas residenciales más un par de hoteles de alto «standing»: Intercontinental y Camino Real. Con excepción de algunas mansiones suntuosas pertenecientes a la familia de Somoza o a conocidos asesinos de la Guardia Nacional, confiscadas e incautadas por el Gobierno de Reconstrucción Nacional, el resto sigue en manos de sus propietarios. Basta mirarlas desde fuera, acudir a los hoteles mencionados, bañarse en sus piscinas, para constatar como una minoría social continúa llevando el mismo tren de vida que antes. Nivel de vida de rasgos feudales que es imposible encontrar en un país europeo, desarrollado y civilizado.

Una cierta idea del panorama urbanístico puede darla el hecho de que los mismos responsables sandinistas presentan barrios de chobolas como un avance social considerable. No tardaríamos en comprender por qué: nada más salir de Managua los campesinos viven en chozas y el espectáculo del subdesarrollo es, sencillamente insoportable. La misma noción del Tercer Mundo es un lujo para describir el cuadro social que presenciamos y habría que ampliar las frías y estadísticas clasificaciones sociológi-





Fuerzas sandinistas en una minitanqueta recorren las calles de Managua, celebrando la victoria sobre Somoza y las tropas de la Guardia Nacional; en el mes de julio de 1979.

cas para encontrar un grado tan bajo que pueda reflejar con exactitud esta miseria global.

La antigua cárcel Modelo

Cerca de Managua, próximo al poblado de Tipitapa, se encuentra el centro de rehabilitación Jorge Navarro, antigua cárcel Modelo, donde se hallan encerrados casi la mitad de los guardias nacionales de la Dictadura. Este penal, que probablemente va a ser cerrado por su proximidad con el aeropuerto Sandino para evitar una acción de comando aereotransportada que intentase liberar a los prisioneros, era el más importante de los cinco centros penitenciarios actualmente existentes en Nicaragua, cuatro masculinos, y uno femenino, para una población reclusa que oscila alrededor de cinco mil personas.

Conducidos por el director, popularmente conocido por los sandinistas y los propios presos con el apodo «Chester», y tras una amplia introducción teórica en la que explica como los criterios humanistas que intenta aplicar tropiezan con una total ausencia de medios y recursos, pasamos al interior de la prisión sin más escolta que un chaval de catorce o quince años armado de una metralleta y

media docena de sandinistas con apenas un par de pistolas o revólveres. En lo alto, en un torreón de vigilancia, un muchacho se entretiene haciendo girar velozmente sobre su propio dedo una metralleta corta.

Nada más entrar, antes de desembarcar en el patio principal, un gran y hermoso mural trata de recordar al visitante qué tipo de gente se encuentra allí encerrada: un joven torturado por unos sicarios somocistas. Más allá, en un amplio espacio rectangular completamente cubierto por una tela metálica y vigilada su entrada por dos soldados se encuentra el locutorio de la prisión. Locutorio realmente especial porque no hay rejillas de separación entre los presos y sus familiares; dos veces al mes, cada quince días los somocistas pueden pasar el día entero con su familia desde que se levanta hasta que se pone el sol. Una larga cola de mujeres y niños, armados de víveres y ejemplares del diario «La Prensa», van penetrando en el recinto en el mismo momento en que también nosotros penetramos en él.

Parejas abrazadas, niños correteando, restos de comida por los suelos, grupos de hombres que pasean, otros que rezan, ninguno parece abatido. Más bien lo contrario. Su moral y combatividad es muy alta, sus miradas hacia nosotros entre interrogantes y desafiantes y de odio hacia los

sandinistas. No dan la impresión de un ejército derrotado sino de un grupo que espera su honra. Tras un momento de desconcierto un hombre maduro se nos acerca para expresarnos su temor de que si se produce una intervención norteamericana «vamos todos a ser fusilados»; otros, con rostros de campesinos, afirman su inocencia o se limitan a repetir que no son más que soldados. Probablemente deben ser «orejas» o confidentes de la policía somocista.

Avanzamos hacia el centro del locutorio donde un viejo entona los salmos de una Biblia que tiene entre las manos «Daniel en el foso de los leones», rodeado de neófitos. Un joven de rostro noble y facciones finas, que ata su cabeza con una corbata a modo de cinta india, nos confiesa ser «un matemático que está detenido por asistir tan sólo a un congreso anticomunista». Al caminar hacia la derecha del recinto unos presos sonríen provocadoramente ante nuestras tarjetas de identidad «son camaradas de los sandinistas», y miradas como navajas nos atraviesan. Poco a poco las lenguas se sueltan «ya queda poco para los perros comunistas», la intervención norteamericana está próxima o «la guerra civil va a estallar en Nicaragua» afirma un tercero; mientras que rostros patibularios, la degradación humana de algunos de estos hombres tiene ya un reflejo físico, sonríen con sorna. El hedor es insoportable, el clima nicaragüense es duro y estamos en los días más calurosos del año, y el mal olor lo impregna todo. Opto por salir. Afuera un sandinista me indica «si quieres saber quiénes son los oficiales fíjate allí donde hay lindas jovencitas». En efecto, algunos hombres maduros aparecen rodeados de chicas adolescentes.

De ahí pasamos a las galerías. Las tres de abajo las observamos desde fuera, en una de ellas hay un muchacho de quince años y en otra un preso se queja de que nadie atiende la hernia que padece, y en la de arriba penetramos en su interior acompañados de «Chester» y su exigua escolta. Aquí el hedor es aún más insoportable, todos los presos no llevan más que pantalón corto o calzoncillos debido al intenso calor; y en reducidas celdas se amontonan hombres como el asesino de Pedro Joaquín Chamor

NICARAGUA

ro, que pide y obtiene una máquina de escribir o el teniente coronel Bernardino Larios, que pasó de ser uno de los altos oficiales de la Guardia Nacional que en el último momento abandonó a Somoza a ser nombrado primer ministro de Defensa del primer Gobierno de Reconstrucción Nacional, hasta que fue descubierta una conspiración antisandinista en la que era una de las principales cabezas. Aquí como abajo denuncian malos tratos, anuncian la derrota del sandinismo, proclaman su fidelidad a la Guardia Nacional, conservan discretamente sus relaciones jerárquicas y cuentan con ansiedad los días que quedan para la gran ofensiva contra el sandinismo. Al abandonar esta galería y volver a pasar por las de abajo escuchamos un grito anónimo que se esconde tras una serie de rostros inquietantes como sacados de las películas de «malos y buenos»: «os queda poco para la muerte».

Sin ninguna duda estos hombres son un serio problema para el Gobierno de Reconstrucción Nacional. Criminales reconocidos, convictos y confesos, lograron escapar a la explosión incontrolada de venganza popular que estalló nada más caer Somoza por espacio de cuarenta y cinco días. Una parte de estos asesinos, a punto está de inaugurarse un Museo de los Horrores Somocistas en la ciudad de León, perdieron sus vidas mediante el procedimiento del «chaleco» que antes utilizaron con los sandinistas: «cortes sucesivos de las manos, las piernas y el cuello. Atrás quedaban torturas horribles como untar de sebo los testículos de los revolucionarios antes de arrojarlos a los perros o la impresionante cuesta de los mártires, al salir de Managua hacia Chinandega, donde diariamente eran arrojados los miles de torturados y asesinados de la dictadura. El Gobierno logró detener esta auténtica carnicería humana, pero el clima de violencia y el desapego por la vida forman parte de la geografía política social de este país, como de toda Centroamérica.

Las milicias populares

No tardaríamos en descubrir las causas de la alta moral y combatividad de los presos somocistas. En Gua-saule, uno de los puestos fronterizos con Honduras, pudimos comprobar como a muy pocos metros del puente que divide a los «nicas» de los hondureños existen una serie de nidos de ametralladoras y obuses que, con periodicidad disparan sobre los sandinistas, tratando de proteger la retirada o

entrada de los comandos somocistas que acampan en territorio hondureño a lo largo de la línea fronteriza. Horas antes de nuestra llegada a Gua-saule un sandinista había muerto, parte del edificio de la Aduana había sido alcanzado y dos obuses de fabricación sueca, aún sin estallar aparecían medio hundidos en suelo nicaragüense. Una amplia estadística de incursiones por tierra y aire, con cifras detalladas de muertos, nos es proporcionada junto con la presentación posterior de dos soldados hondureños atrapados en territorio nicaragüense realizando investigaciones topográficas.

Las perspectivas de una guerra entre Nicaragua y Honduras, nos señalan los responsables sandinistas, es enlodada como uno de los principales medios de los norteamericanos para intervenir indirectamente. Un conflicto localizado entre estas dos pequeñas naciones permitiría a la aviación hondureña, apenas existe una fuerza aérea sandinista, bombardear los puntos vitales de la ya muy precaria economía «nica», para agravar aún más las consecuencias del asedio y boicot norteamericano que ya sufre el Gobierno de Reconstrucción Nacional. E incluso hay rumores de un próximo golpe de estado en Tegucigalpa contra el inepto Policarpo Paz, para sustituirlo por un hombre más competente al servicio de la invasión que se prepara.

La primera respuesta gubernamental a esta amenaza es la organización de milicias populares. Unos doscientos mil hombres, mujeres y niños —un 10 por ciento de la población total— recibe instrucción militar después de sus horas de trabajo. A partir de las siete de la tarde Nicaragua es un inmenso campamento militar donde improvisadas compañías de milicianos marcan el paso y aprenden las primeras reglas del arte militar al grito de: «¡Yanqui, asesino, acuérdate de Sandino!», o de múltiples y variadas imprecaciones contra «las bestias rubias», como son denominados los norteamericanos. Prácticamente, Nicaragua es una nación en armas en espera de que la sombra de Reagan intente caer sobre el sandinismo. Desde la Costa atlántica a la pacífica, desde Honduras a Costa Rica, Nicaragua organiza su defensa frente a una probable agresión. Aquí los niños no juegan con armas de juguete sino con armas auténticas y los más pequeños organizan sus diversiones sobre las torretas de viejas tanquetas somocistas destruidas o abandonadas.

Asistimos, en la plaza del 19 de julio, a una de estas sesiones de en-

trenamiento. Allí, uno de los cinco centros de instrucción de la capital, observamos un abigarrado y variopinto muestrario de las milicias populares: desde una niña de ocho años, que marca el paso al grito de «¡Yanqui asesino, acuérdate de Sandino!» a un ministro de educación que desfila arma al hombro, pasando por grupos de niñas de diez o doce años unidas a ancianas, estudiantes, campesinos, coreando el slogan «¡Palante, palante, y al que no le guste que se aguante!». Al lado de los camiones militares se agolpan curiosos y vendedores de refrescos en bolsas de plástico o «raspaditos», versión popular «nica» del helado.

La escena, al atardecer, es impresionante. Estos voluntarios combinan sus ejercicios con slogans políticos contra «el imperialismo gringo» o en solidaridad con la lucha del pueblo salvadoreño: «Alerta, alerta, América latina, la lucha guerrillera camina». De estos primeros campos de instrucción, que se extienden por toda Nicaragua, pasan a centros donde se practica con fuego real. La misma noche que presenciamos este entrenamiento uno de los nueve comandantes, Daniel Ortega, viene a premiar a los milicianos que más han destacado en la instrucción del día. Todo ello presidido por un enorme retrato de Sandino acompañado de una de sus frases que se repiten incansablemente por todo el país: «Sólo los obreros y los campesinos llegarán hasta el fin.»

La oposición

Pero, sobre todo, lo que anima a los presos somocistas es la ruptura de la unidad democrática que permitió superar la brutal y genocida dictadura de los Somoza. El estallido público del conflicto de Alfonso Robelo y Violeta Chamorro con el Gobierno de Reconstrucción Nacional, las actividades del Movimiento Democrático Nacional como la que intentó celebrar a mediados de marzo en Nandaime, las posiciones del cristianodemócrata José Esteban González, la lectura diaria de «La Prensa», independientemente de su contenido correcto o incorrecto, son tanto o más estimulantes que las declaraciones de mister Reagan o las incursiones «incontroladas» desde Honduras.

«La Prensa», un diario bien hecho que es el mejor de Nicaragua, se encuentra ampliando sus instalaciones gracias a las subvenciones de la Fundación Neumann, germanooccidental de carácter liberal. Una rápida visita por la redacción finaliza con un inte-



Los sandinistas entretienen su ocio tocando la guitarra, mientras esperan la orden de ataque contra los últimos reductos de la Guardia Nacional.

resante intercambio de opiniones con Pedro Joaquín Chamorro, uno de los hijos del anterior propietario y director asesinado por Somoza, y Humberto Belli, sociólogo recientemente incorporado al «staff» de la dirección. El nudo central de sus afirmaciones, que remachan diariamente en su periódico con toda libertad, es que Nicaragua camina hacia un sistema socialista dirigido por comunistas camuflados orgánicamente en el sandinismo. Denuncian atropellos de los derechos humanos, violaciones de la libertad de expresión como la ocurrida en Nandaimé donde no pudieron celebrar una manifestación autorizada por el asalto de las juventudes sandinistas y auguran un intento de «cubanización» de Nicaragua dirigido por los «hombres de Moscú y La Habana». Coordinadas políticas ideológicas que proclaman en representación —afirman— del pensamiento de Pedro Joaquín Chamorro, del cristianismo, de la libre empresa y del mundo occidental.

Sin embargo no todos los hijos de Chamorro, cristianos, empresarios y hombres de pensamiento occidental piensan lo mismo. Los dos hermanos de nuestro interlocutor, también hijos legítimos del asesinado periodista, trabajan en la dirección de los dos restantes periódicos: «Barricada», órgano del Frente Sandinista, y «Nuevo Diario» independiente comprometido con la revolución sandinista. Son dos

periódicos de peor factura que el anterior, pero con un lenguaje mucho más asequible para las amplias mayorías que el lenguaje elitista de «La Prensa». Asimismo dos hermanos del asesinado Pedro Joaquín Chamorro y dos hijas colaboran ampliamente con el sandinismo. Así la herencia ideológica es mucho más amplia y, por haber, hay hasta un primo que conspira con los exiliados somocistas desde Honduras. Y, precisando todavía más, cuando recientemente «La Prensa» adquiere el tono editorial e informativo que hoy le caracteriza, la mayor parte de la redacción con el subdirector Danilo Aguirre abandonan el periódico y fundan «Nuevo Diario».

De esta forma el panorama de los medios de comunicación está bastante distribuido: la televisión es sandinista, la radio en su mayor porcentaje pertenece a la oposición por encontrarse en manos privadas; y de los tres periódicos el de mayor tirada es contrario al sandinismo y los dos restantes son sandinistas de «iure» o de «facto». Aunque en este reparto el mayor peso le corresponda a la radio, sobre todo Radio Corporación, al ser un país con tasas de lectura muy bajas —acaba de terminarse el plan de alfabetización realizado por el Gobierno— y con una televisión que no alcanza a todo el territorio nacional. A este cuadro informativo habrá pronto que añadir una nueva y potente emisora

que los norteamericanos están instalando en algún lugar próximo a Nicaragua.

A la vez las posiciones del empresario y de la Iglesia son menos uniformes y mucho más matizadas. Pese a que el estado ha nacionalizado la minería, la pesca, el comercio exterior y la Banca —además de las enormes propiedades de la familia de Somoza— el 60 por ciento de la producción nacional se encuentra en manos privadas; y en sectores claves como el algodón y el café este índice se eleva al 80 por ciento. Y la actitud del Consejo Superior de la Empresa Privada oscila entre sí pero y el no pero; y aunque es cierto que últimamente tiende al rechazo del sandinismo aceptó que dos de sus hombres sustituyeran a los dimisionarios Alfonso Robelo y Violeta Chamorro en la Junta de Reconstrucción Nacional. E incluso, en la reciente reestructuración, uno de los tres miembros que dirige el Gobierno es el conservador Alfonso Córdoba; al que los portavoces de la oposición califican como hombre no representativo o «muñeco de paja» del sandinismo.

Igual ocurre con la Iglesia donde el apoyo inicial de la Jerarquía se ha transformado en una soterrada hostilidad. Así el flexible y nada dogmático documento del Frente Sandinista sobre la religión «constatamos el valor positivo de la fe como motivación revolucionaria», era respondido du-



1: Jardín de la casa donde nació Sandino, hoy convertida en museo revolucionario. 2 y 3: Conmemoración del 1.º de mayo. 4: La catedral de Managua: en su fachada, la figura de Sandino. 5: El Palacio Nacional de Managua. 6: Niños jugando en la ciudad de Chinanreaga: parques y escuelas

empiezan a sustituir imágenes como ésta. 7 y 8: El trabajo de los niños y la pobreza de los campesinos nicaranguenses se reflejan en estas dos escenas tomadas en Massaya, a 20 kilómetros de Managua. 9: Mural a la entrada de la prisión Jorge Navarro que recuerda las torturas efectuadas durante



la dictadura de Somoza. 10: Pintura que preside el parque Alfonso Vázquez. 11: Locutorio de la prisión Jorge Navarro; dos veces al mes los presos y sus familiares pueden pasar el día juntos. 12: Los jóvenes juegan en Nicaragua con armas de verdad. 13: Una banda de música participa en la

manifestación del 1.º de mayo. 14: Un grupo cultural revolucionario entona algunas canciones en un descanso de los milicianos. 15 y 16: Un diez por ciento de la población, unas doscientas mil personas, forman las milicias populares.

NICARAGUA

ramente días después por una carta colectiva episcopal repleta de temores y sospechas sobre las reales intenciones de los gobernantes. Ello es un equipo gubernamental donde tres sacerdotes ocupan puestos claves: relaciones exteriores, cultura y asuntos sociales. Sin embargo, una importante agrupación de religiosos, CONFER, no opina igual y estima que sigue siendo válida la pastoral episcopal del año anterior, en la que los señores obispos señalaban que «el socialismo significa preeminencia de los intereses de la mayoría de los nicaragüenses y un modelo de economía planificada nacionalmente, solidaria y participativa».

Ambos planteamientos cristianos, a favor y en contra del Gobierno de Reconstrucción Nacional, son bien visibles en las calles. No hay prácticamente un rincón de Managua que no esté cubierto de extraños anuncios. «Cristo viene», «Arrepiéntete. El Mesías va a llegar», «Está cerca la hora del juicio», de claro significado político antisandinista; como no hay rincón de la Universidad privada de los Jesuitas que no esté plagado literalmente de proclamas revolucionarias, comités de milicianos, libros y llamamientos de no menor orientación política favorable, esta vez, al sandinismo. En el patio universitario de los jesuitas los textos de la teología de la liberación se codean con los manuales de Carlos Marighela y Ernesto «Che» Guevara. El sacerdote Ernesto Cardinal, ministro de Cultura, ha llegado a decir que no es el Gobierno quien persigue a la Iglesia sino que estamos delante de un caso de «persecución de la revolución por la Iglesia».

De cualquier forma, y aún contando con el hecho cierto de que el empresariado y la Iglesia no han adoptado todavía una postura definitiva y que aparecen sumamente disgregados, sí es posible afirmar que los sectores hegemónicos de ambos grupos sociales van decantándose en contra de la revolución sandinista y a favor de la oposición. Aunque no han roto los puentes ni el diálogo con el Gobierno observan preocupados la dinámica peculiar de la revolución en Nicaragua, y sus planteamientos finales no estarán muy lejos de los planteamientos actuales del diario «La Prensa»: si a la reconstrucción de la unidad democrática bajo el programa de la oposición. Esa es la conclusión que establece un folleto, editado por «La Prensa», bajo el sintomático título de «unidad o caos». No tanto por la situación actual sino por lo que estiman como muy probable para el futuro.

Los misquitos

Pero no es esta potencial dicotomía entre la mayor parte del poder económico y el poder estatal lo que hoy anima a los presos somocistas, la punta de lanza práctica que los encarcelados acarician en sus celdas es el conflicto de los sandinistas con los misquitos. A primeros de octubre último se produjo en Bluefields, capital del extenso departamento de Zelaya, un levantamiento popular contra el Gobierno de Reconstrucción Nacional. Los amotinados, que durante tres días cerraron el aeropuerto y ocuparon los edificios oficiales, exigían la expulsión de los técnicos cubanos y la constitución de un Estado independiente en la Costa Atlántica de Nicaragua. Tomás Borge, ministro del Interior, manifestó entonces que los promotores del conflicto eran «reaccionarios extranjeros, agentes somocistas, además de algunos pastores de sectas religiosas».

Mas, sea así o no, el problema es mucho más complicado y remonta a un distanciamiento geográfico e histórico de esta zona con el resto de Nicaragua. Una barrera selvática separa a la Costa Atlántica de la región occidental, no hay más comunicación que a través del mar o el aire, y la mayoría de los habitantes —alrededor de ciento cincuenta mil— hablan un dialecto que procede del inglés mezclado con términos de los idiomas indígenas. Los misquitos, ramas y zambos siempre se han considerado separados del resto de los nicaragüenses a los que denominan, despectivamente, «los españoles».

La separación geográfica se dobla con un simultáneo distanciamiento histórico, puesto que Zelaya estuvo en manos de los colonialistas ingleses al mismo tiempo que Nicaragua estaba en manos del colonialismo español. La mayor parte de sus habitantes, que desciende en su mayoría de los colonos negros que durante el siglo pasado llegaron a la región, son indios misquitos o ramas o negros zambos y combinan el extraño idioma que mencionábamos antes con los dialectos misquito o rama. Y su despegue de la sociedad nicaragüense es tal que ignoraban hasta ahora la existencia de la dictadura de Somoza, que ha durado casi medio siglo hasta desembocar en la insurrección popular sandinista. Cuadro que se agrava, para el Gobierno con la influyente presencia de ciertas sectas religiosas norteamericanas que tan importante papel jugaron en el golpe de estado chileno contra Salvador Allende.

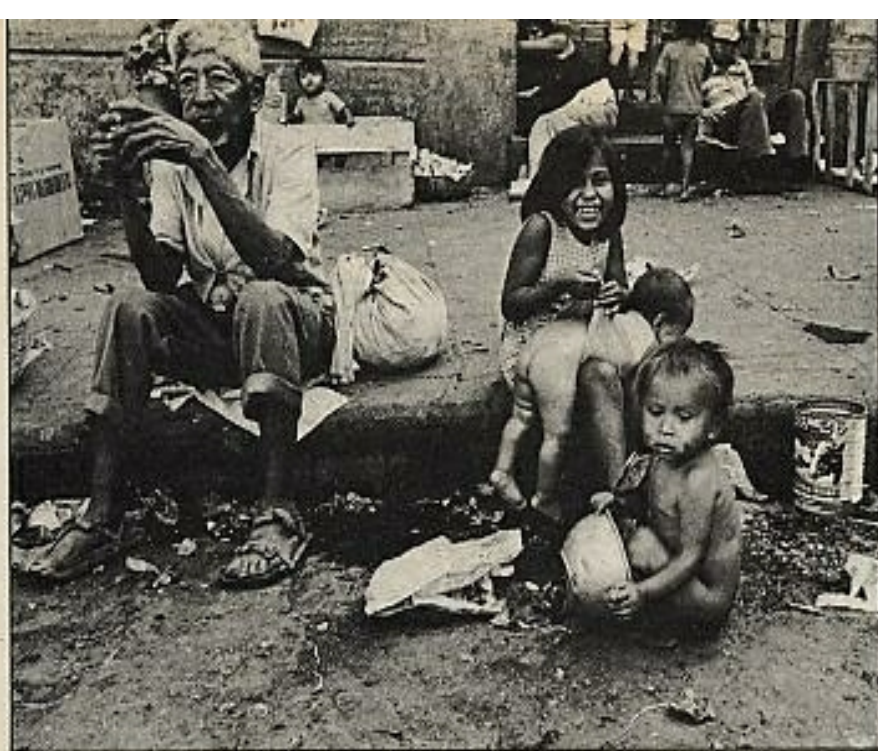
Lógicamente la llegada del sandinismo al poder comenzó a variar esta mutua ignorancia y los misquitos, ramas y zambos acabaron por dotarse de una organización política propia MITSURASATA, para defender sus derechos y su autonomía en el cuadro de la revolución. Y lógico también que un somocista, Fagot, pronto se transformara en el adalid de las reivindicaciones más radicales en un pueblo tan inculto como separado del mundo exterior. Hoy la reivindicación ya no es de orden autonómico sino plenamente independentista: hoy es el auténtico talón de Aquiles del sandinismo al reunir todas las condiciones para ser una potencial cabeza de playa que sirviera de sede a un gobierno contrario al Gobierno de Reconstrucción Nacional.

Esta región, que es inmensamente rica y está en gran medida inexplorada, va a ser un arma a utilizar en el duro escenario de la lucha política que envuelve a toda Centroamérica. Aunque, públicamente, los responsables sandinistas tratan de reducir el alcance de lo que sucede en esta región —inicialmente limitaron la rebelión reseñada más arriba a sólo la capital del Departamento y a no más de mil hombres de los veinticinco mil con los que cuenta Bluefield— en privado confiesa su inquietud y toman sus medidas para evitar que los misquitos, recién incorporados a los procesos históricos, puedan ser lo que La Vandée fuera en la revolución francesa. Periódicamente la Prensa de Tegucigalpa publica la llegada de refugiados misquitos hacia los campamentos somocistas huyendo curiosamente del «comunismo» cuando hace meses ignoraban hasta quién era Somoza.

Es el problema más serio para el Gobierno de Reconstrucción Nacional al ser el único punto donde sus oponentes pueden encontrar un apoyo real de masas. Buen índice de ello es que nosotros, que no encontramos ningún impedimento para movernos, no llegamos a visitar esta región; y los problemas de comunicación no explican sólo esta importante laguna en nuestra visita. No sólo se trataba de un serio problema de transporte, dado el corte geográfico existente, sino esencialmente de un problema político.

El boicot económico

Mas la mejor esperanza de los somocistas radica en las consecuencias sociales del boicot económico que



La miseria imperaba en la Nicaragua de los años anteriores al golpe. El nuevo Estado sandinista lucha por redistribuir la renta equitativamente.

acaba de iniciarse con el corte de la ayuda norteamericana. Con él pretenden distanciar al sandinismo de la base social pequeño burguesa que lo sostiene en las ciudades, problema que empezará a notarse a partir del próximo otoño. Recurrir al pan de maíz, como está haciendo el Gobierno, no supone ningún problema para el campesinado—es su pan natural e histórico—pero sí para las capas urbanas que apoyan al Frente Sandinista.

Ello unido a la subida de precios en los productos de primera necesidad, alrededor del 50 por ciento, puede acarrear serios problemas sociales. Al intentar frenar el consumo interno para poder exportar más, y atender sobre todo a los sectores agropecuarios, corre un necesario pero grave peligro político. Téngase en cuenta que la balanza de pagos es extremadamente deficitaria para Nicaragua: importan más de mil millones de dólares y exportan unos seiscientos millones. Los resultados del somocismo, una economía destruida y expoliada, son uno de los más fuertes handicaps para la política de reconstrucción nacional.

Índice elocuente de estas dificultades económicas y sociales es la existencia de un mercado negro de divisas tolerado, hasta en las páginas de los periódicos es posible encontrar cotizaciones de este mercado paralelo de divisas. La relación oficial, diez córdobas un dólar, se transforma en una relación muy distinta, veinticinco córdobas un dólar. Tras haber estado, hablamos del mercado negro, en treinta córdobas un dólar, pasó a quince córdobas un dólar, para volver ahora a la frontera de los treinta. Es decir, tras un descenso inicial hay de nuevo un ascenso bastante elocuente. Mercado negro que es toda una salida

que el Gobierno ofrece al consumo de la alta y pequeña burguesía como contrapartida del marco de austeridad, el techo salarial está congelado en los mil dólares, que deberá proseguir «dos años más para superar los efectos del terremoto, la guerra y la descapitalización que produjo el régimen de Somoza». Todo ello sin olvidar el peso de los gastos defensivos sobre el presupuesto estatal. El 1981 ha sido proclamado el año de la Defensa y la Producción, lo que es completamente coherente desde la perspectiva política, pero no lo es tanto desde un enfoque económico.

Es esta —las consecuencias sociales que pueda tener el boicot sobre algunas capas urbanas— una de las principales incógnitas de la revolución nicaragüense. Hasta aquí es bien visible como la pequeña burguesía, sobre todo sus hijos, están comprometidos con el sandinismo. Hasta tal punto que, observando las chicas y los chicos de las juventudes sandinistas, se tiene a veces la impresión de encontrarse uno en el madrileño barrio de Salamanca. Impresión óptica que no guarda ningún contenido con la realidad, que se desprende de la exaltación nacionalista de estos jóvenes «reivindicamos la sangre india que corre por nuestras venas», que llama poderosamente la atención a los extranjeros.

Quizás sea éste uno de los rasgos más característicos de Nicaragua: la diferenciación política tiene en este país un doble reflejo morfológico y generacional; los sandinistas suelen ser, por lo general, flacos y jóvenes y los somocistas o los de la oposición justamente lo contrario. Y como es bastante difícil intentar separar a los flacos de Sandino el objetivo del boicot económico persigue distanciar a un sector de la juventud del proceso

revolucionario. O introducen esta cuña en los jóvenes o lo tienen bastante difícil: el país de arriba abajo está gobernado por jóvenes de veinte o treinta años, una buena parte de la policía sandinista oscila entre los quince y los veinte. Símbolo de esta conexión entre la juventud y Sandino es el nuevo parque levantado en el centro de la ciudad de Managua con el nombre de uno de los principales héroes de la lucha clandestina de los sandinistas: Luis Alfonso Vázquez, un niño de diez años.

1 de mayo

Naturalmente, en este tenso contexto, la festividad del Primero de Mayo fue aprovechada por el Gobierno de Reconstrucción Nacional para realizar una importante concentración de masas en la plaza de la Revolución. Bajo un sol implacable, propicio para toda clase de insolaciones, miles de «nicas» soportaron durante cuatro horas los diversos mítines de sus dirigentes para acabar cantando, «chuleta» en mano, la Internacional. Era la primera vez que se entonaba en una manifestación sandinista este himno y en Massaya, a veinte kilómetros de Managua, Tomás Borge tuvo que reprender públicamente a los soldados que presentaron armas al oír los compases del himno internacionalista: «Sólo se deben rendir honores al himno nacional».

Pero la gran movilización de masas se dará el próximo 19 de julio, segundo aniversario de la revolución sandinista, donde se calcula que se concentrarán alrededor de seiscientos mil personas, o sea más de la cuarta parte de la población total del país. Será su respuesta política de masas a los numerosos problemas que hemos intentado esbozar a lo largo de todo este reportaje. Y es que el sandinismo, al cumplir los dos años, camina ya con ese andar cansado, característico de la figura de Sandino, pero con la misma firmeza y energía que manifestara ese «general de hombres libres» que era Augusto César Sandino. Dentro de año y medio se cumplirá el cincuenta aniversario de su asesinato por orden de Somoza y sus padrinos del norte, y de aquí a entonces sus nietos van a consolidar o a perder su poder. ■ F.L.A.